

Ten siempre muy presente lo que en esta carta te he dicho, que es de la mayor importancia para tu bien; y cuando tengas en la mano un libro, ó estés á punto de hacer amistad con alguna jóven, acuérdate de mis consejos á este respecto.

CARTA X.

Mil veces habrás oido decir que tal ó cual cosa debe ó no debe hacerse por el qué dirán, y tambien habrás oido replicar á esto con éstas ó semejantes palabras: «poco importa lo que las gentes puedan decir obrando uno bien.» A mí me parece que esto merece una esplicacion, y voy á hacértela.

Sujetar uno sus acciones todas á ese «qué dirán» que tanto temen muchos, parece que es una exigencia injusta de parte de la sociedad, y una insoportable servidumbre por otra parte. Pero conformarse con obrar bien y no cuidarse para nada de lo que las gentes puedan decir de uno, creo que tampoco debe ser. Acuérdate de lo que muchas veces te he dicho y te he de repetir hasta el fastidio: *«los extremos son siempre viciosos.»* Si bien no parece justo ni debido que estemos

siempre pendientes del qué dirán, tampoco es razonable ni prudente que no nos cuidemos de él para nada, conformándonos tan solo con obrar bien. Voy á ponerte algunos ejemplos para que me comprendas mejor.

Supongamos que te encuentras en un baile con un jóven amigo íntimo de tu familia y de toda confianza, pues su buena conducta no deja nada que desear; tú que le tratas en tu casa con la mayor familiaridad, quieres hacer otro tanto en el baile; le llamas para que te acompañe á visitar los salones; despues le vuelves á llamar para que te lleve al tocador; mas tarde para que te conduzca á la cena; le das á guardar tu abanico mientras bailas; y en fin, usas con aquel jóven de mucha confianza, ni mas ni menos que como lo haces en tu propia casa en presencia de tus mismos padres.

Mas llega á tí entonces una de tus amigas de mas edad que tú, y por consecuencia mas conoecedora del mundo, y te dice al oido: «mira, no uses demasiada confianza con ese jóven cuando estés en sociedad, porque no sabiendo la mayor parte de las gentes que te ven, los motivos que tienes para obrar así, van indudablemente á creerte una muchacha aturrida y lijera y tal vez creerán que estás de él enamorada. Yo sé muy bien, te agrega, que tu conducta es buena, es

inocente, pero no es discreta; y en la sociedad es preciso serlo siempre, si no quiere uno esponerse á su crítica que se funda generalmente en apariencias.»

Y bien, ¿seria bien hecho, seria justo que en este caso respondieras á tu buena y juiciosa amiga, que nada te importaba lo que de tí pudieran decir, cuando tú obrabas bien? No ciertamente, porque la respuesta seria indiscreta por demas y aun injusta. Pues aquí tienes algo de lo que no se debe hacer «por el qué dirán» ¿no encuentras esto razonable?

Conoces á una infeliz madre de familia que vive en la mayor pobreza, á la que socorres cada semana con alguna pequeña suma de dinero ó con alguna ropa, por cuya razon ésta pobre señora viene á visitarte cada ocho dias precisamente. Pues bien, tu pobre protegida dejó de venir una semana, y despues otra; tú te inquietas por ella y tratas de inquirir su casa, que al fin sabes por alguién que te dice que la tal señora se encuentra gravemente enferma y sin recurso alguno: tú te alarmas con esta noticia, y como á la sazón no se encuentran tus padres ni tus hermanos en tu casa, te resuelves á irte sola con una costurera á la casa de tu pobre, que vive en un barrio distante del centro de la ciudad.

Mas á poco andar te encuentras con uno de

tus hermanos, que informado de lo que ibas á hacer, te dice: que irás, pero con él, porque de otra manera harias muy mal, y aun te reprende por no haber reflexionado sobre lo que ibas á hacer.

¿Qué dices de esto? tu visita llevaba un fin mas que bueno, pues que ibas á ejercer una de las obras mas meritorias ante Dios, la caridad; pero, ¿qué juzgarian de tí los que te hubieran visto por calles estraviadas con una criada? porque es seguro que nadie podia saber á lo que ibas. ¿No crees que se podia interpretar tu accion, buena por demas, hasta suponerla muy mala? Pues ve aquí otra de las cosas que no pueden hacerse por el «qué dirán.»

Por lo espuesto te persuadirás fácilmente de que en el mundo no basta obrar bien, es preciso tener ademas mucho cuidado de no hacer cosas buenas que parezcan malas, porque casi siempre se juzga por las apariencias; y por otra parte, la opinion que la sociedad forma de nosotros, bien ó mal fundada, es de respetarse mucho é influye no pocas veces en nuestra suerte futura.

Procura tener presente todo lo que te digo, porque ello te servirá mucho para saberte conducir en la sociedad y conseguir hacer en ella el buen papel que desees.

CARTA XI

La amabilidad y la coquetería; la Prudencia.

Mira de todo lo que vamos á tratar en la presente carta, y por cierto que es muy interesante lo que te voy á decir; vas á verlo.

Creer muchos que ser amable consiste en estar siempre riendo, y nada mas; otros creen que ademas de la risa, la persona amable está obligada á todo, aun á murmurar, á burlar y á criticar á todo el mundo, y en fin, á estar siempre de broma, convenga ó no convenga: pues no es ni lo uno ni lo otro.

La verdadera amabilidad consiste en ser jovial, afable, complaciente y cariñosa con todo el mundo: esto es ser amable, y fácilmente se comprende que el que así se conduce en la sociedad, sea apreciado en ella, y como prueba de que esto es cierto, te contaré que conozco entes que no tienen mas gracia que ser amables y ello les basta para hacerse querer de cuantas personas los tratan. Pero tambien conozco personas que á pesar de que rien de todo y con todos, no consiguen hacerse apreciar de nadie, y es porque toda su gracia, toda su amabilidad, consiste en reir constantemente como unos bobos.

Es, pues, preciso que tú procures ser amable,

pero deveras; es decir, que seas afable, jovial, complaciente y cariñosa con todo el mundo; lo mismo con las señoras que con los hombres, lo mismo con los jóvenes que con los ancianos: el que es amable de veras, lo es con todo el mundo; lo demas es una amabilidad finjida que se conoce á primera vista, y que, como todo lo falso, vale muy poca cosa.

Pero al mismo tiempo que debes procurar ser muy amable, debes tambien no querer llevar las cosas hasta el extremo, porque *los extremos son siempre viciosos* y la escesiva amabilidad se parece algo á la coquetería.

La coquetería es un deseo inmoderado que sienten las mujeres por agradar á los hombres, cuyo deseo las obliga muchas veces á hacer cosas indebidas y las hace representar un papel muy despreciable en la sociedad; porque, las coquetas son rechazadas de todas las personas sensatas, tanto como son queridas y consideradas las jóvenes amables, moderadas y juiciosas.

A las coquetas, ese deseo inmoderado que las domina por agradar, las hace cometer mil desaciertos; ellas finjen lo que no sienten, ellas se valen de mil artificios para conseguir su deseo, y hasta olvidan muchas veces sus deberes mas sagrados. Yo no conozco cosa mas despreciable que una coqueta.

Ni remotamente abrigo el menor temor por tí á este respecto, pero, no seria imposible que tu amabilidad, llevada mas lejos de lo conveniente, pudiera acaso equivocarse con la coquetería, y es preciso que huyas de ésta como de una cosa la mas detestable; *los extremos son viciosos*; jamas olvides esto, y así te verás libre de muchos males. Te diré por último, que si las mujeres debén pecar por exajeradas en punto á amabilidad, vale mas que pequen por el extremo opuesto, es decir, es preferible que parezcan demasiado sérias y hasta desabridas, que coquetas.

En cuanto á la prudencia, hijita, te diré que es una virtud de gran valor, especialmente para las mujeres que pueden hacer uso de ella como de una arma invencible. La prudencia nos enseña á distinguir lo bueno de lo malo, para seguir lo primero y huir de lo segundo. La prudencia es la cordura, la templanza, la moderacion en las acciones: vé, pues, si la prudencia es una virtud de inestimable valor, como que se la llama *la sal de las virtudes*.

Todos á nuestra vez decimos que somos prudentes, pero no es cierto, la prudencia es fruta que no abunda en el mercado del mundo, yo te lo aseguro; y sin embargo, es necesario á toda costa procurar adquirir esta virtud hasta donde nos sea posible, porque ella es apreciabilísima,

y tan útil y provechosa para la persona que la posee, como para las que con ella tratan; tanto valor tiene la prudencia.

¿No te ha acontecido alguna vez encontrarte en una visita con una señorita que portaba un hermoso ramo de flores? ¿Y no notaste que aquel ramo que tan buen efecto hacia en la mano de la que lo llevaba, llamaba al mismo tiempo la atencion de todos los presentes, á quienes, á la vez que deleitaba con los hermosos matices de sus flores, embriagaba con el purísimo aroma que esparcia por todo el salon? Pues así es la virtud de la prudencia, no solo sirve de adorno y realza el mérito de la persona que la tiene, sino que admira, deleita y halaga á cuantos se encuentran cerca de ella.

Por otra parte, cuando el prudente comete un desacierto, el que no lo es ha cometido ciento. El prudente se evita muchas incomodidades y disgustos y aun se los evita tambien muchas ocasiones á sus semejantes. Con prudencia se aplaca la cólera del hombre mas irritado y aun se le hace entrar en razon. El que tiene prudencia se mantiene siempre en los límites de lo justo y de lo razonable; el prudente con su ejemplo y con sus buenos consejos consigue muchas veces volver prudente al que no lo es; y el prudente, en fin, consigue de sus semejantes con

aquella virtud lo que otros no han podido conseguir con la razon ni aun con la fuerza.

Vano empeño seria el mio si me propusiera en esta carta hacerte conocer todo el valor de esta virtud, que aunque no fuera mas que por egoismo deberiamos procurar adquirir á toda costa; pero sí te diré para concluir la presente carta, que una mujer prudente es un tesoro; ella no puede tener disgustos serios ni con sus padres, ni con su marido, ni con sus hermanos, ni con sus hijos, ni con nadie. ¿No te parece que esto solo seria bastante para que procuráramos todos ser muy prudentes? Tú procura por tu parte para que seas dichosa y muy querida de todo el mundo como lo eres de tu papá.

CARTA XII.

De muchas cosas te he hablado ya en mis anteriores cartas; y sin embargo hemos dejado en el tintero un asunto importantísimo: ¿Cuál te parece que es? Pues, ni mas ni menos, que el de los novios, como los llaman las niñas, ó el de los aficionados ó pretendientes, como los llamaré yo.

¿Y por qué no habiamos de hablar de ellos? ¿Acaso hay asunto reservado de un padre para una hija cuando del bienestar de esta se trata? Vamos pues, entrando en materia, que ella es bonita por cierto, y mucho puede servirte lo que con este motivo te voy á decir.

Dios dispuso la recíproca inclinacion de los sexos y no hay por lo mismo que decir una palabra mas sobre ello. Pero lo que sí nos toca hacer á nosotros, es moderar nuestras inclinaciones para que ellas no nos hagan daño. Ya ves, que no hay cosa mas natural que comer, y sin embargo, el que no cuida de metodizar sus comidas, el que come como un perro de cuanto se le presenta y á la hora que le viene á las manos, se enferma y se muere tal vez; porque *no es el uso que hacemos de las cosas lo que nos daña, es el abuso el que nos perjudica.*

¿Y tú sabes cómo se llama esa inclinacion recíproca de los sexos, de que venimos hablando, cuando se fija en una sola persona? Pues ese es, ni mas ni menos, el amor, el mismo mismísimo á quien se pinta en figura de niño con sus alitas doradas, los ojos vendados, y tirando flechas á diestra y siniestra: ¿no le has visto alguna vez? estoy seguro de que sí.

Pues bien, en lugar de aquel niño que nadie ha podido jamas ver sino pintado, tenemos hoy

muchos niños, que si bien no llevan doradas alas, ni los ojos vendados, ni el carcax y las flechas que parecen ser los atributos característicos de aquel pequeño y simpático personaje, si llevan sus elegantes trajes y sus bigotitos muy perfumados, y aun sus flechas, sino que en lugar de cargarlas en el respectivo carcax como aquel, estos las llevan en la lengua, en los ojos, y aun en el papel y la pluma de que se sirven algunas veces.

En efecto, luego que los jóvenes sienten la menor inclinación por las niñas, se lanzan á hacerlas la corte á todas sin el menor cumplimiento, lo que en verdad no debe extrañarse, pues que todo ello en los primeros años de la juventud no pasa de una diversion.

¿Pero y las niñas? ¿qué hacen á todo esto? porque los jóvenes poco ó nada pueden perder en la jugada. Vamos á saber qué hacen las niñas. Unas, que lo toman todo á lo sério, se ponen muy formales, y hacen un papel muy ridículo, pues no pueden persuadirse de que todo ello no pasa de una broma. Otras, por el contrario, se degradan hasta ponerse al nivel de sus pretendientes; hablan con ellos con la mayor familiaridad, bailan, y rien, y reciben sus obsequios, y les dan la flor que ellos solicitan; y en fin, siguen la broma adelante como si no tuvieran

nada que perder. Mal, muy mal se conducen por cierto las que tal hacen.

Otras hay que mas discretas y juiciosas, reciben bien á todos, y á todos tambien tratan con mucha amabilidad, pero teniendo mucho cuidado de no excederse en nada, ni mucho menos permitir que con ellas se propasen en lo mas mínimo los jovencitos: bailan con todos pero moderadamente, admiten sus obsequios pero cuando ni remotamente puedan interpretarse de una manera desfavorable á ellas. Cuando se les dirijen palabras lisongeras ó se usan con ellas galanterías de las que no pueden con razon ofenderse, se manifiestan agradecidas, pero jamas hacen mas caso de ellas que el que merecen; y cuando se encuentran con un pollo bastante atrevido que se aventura á decirles algo que en lo mas mínimo puede ofenderlas, toman desde luego una actitud muy seria, y procuran deshacerse luego del importuno pretendiente.

Pues bien, ¿ves lo que hacen estas últimas? pues es lo que ni mas ni menos deberás tú hacer llegado el caso: porque de las primeras dice la sociedad que son tontas y orgullosas, de las segundas, que son fáciles y coquetas, y de las últimas, que son unas señoritas muy amables y finas, con las cuales sin embargo no pueden divertirse mucho los jovencitos. Porque no hay

que cansarse, hijita, de divertirse y nada mas tratan los jóvenes cuando van á decir á las niñas que las quieren mucho, que sienten una irresistible simpatía por ellas, y otras cosas por el estilo. Las niñas, por su parte, deben oír y ver estas cosas como un pasatiempo, si se quiere, agradable; como ven y oyen una música cuando pasa tocando por el frente de sus balcones, porque aquellas que son bastante crédulas, ó mejor dicho, bastante bobas para tomar la cosa á lo sério, y tienen la debilidad de corresponder á aquellas insinuaciones amorosas, pueden estar seguras de que al otro dia serán públicos los favores que hayan hecho, pues los mismos que los recibieron, los publicarán, y ellas, con la mayor inocencia del mundo tal vez, representarán el papel de coquetas, ó de tontas por lo menos.

Los hombres en general, hijita, tienen gusto en lucir los favores que reciben de las mujeres, y aun el honor mismo de éstas es algunas veces sacrificado á aquel deseo pueril que domina especialmente á los jóvenes.

Y como apesar de todo, hay aquello de que, somos de carne y hueso, como se dice vulgarmente, y la lisonja nos gusta, y el incienso nos desvanece, y no pocas veces nos hace perder completamente la cabeza, es necesario, hijita, tener mucho cuidado con estas cosas; tú por tu

parte procura ser siempre muy juiciosa, moderada y precavida en todo; y así te verás libre de muchos sinsabores y disgustos, que en caso contrario vendrían á amargar tu vida y á hacerte desgraciada.

Nunca, en ninguna situación de tu vida olvides mis consejos.

CARTA XIII.

Con que ya sabes, que eso que se llama amor, puede sernos fatal si no procuramos ponerle de acuerdo hasta donde sea posible con nuestra razón y con nuestra conveniencia.

Y bien, ¿cómo libertarnos del gravísimo daño que puede traernos una inclinación desgraciada? Cómo harémos para poder esperar á pié firme á este enemigo que el dia menos pensado puede sorprendernos, á fin de poder rechazarle ó capitular con él si así nos convinere? Vamos á ver todo lo que te puedo decir sobre esta materia, que es delicada y espinosa en verdad; pero como yo no pretendo otra cosa que aleccionarte oportunamente, valiéndome para ello de mi propia experiencia y nada mas, entro con toda franque-

za en materia, bien seguro de que algun provecho podrás sacar de mis lecciones.

Como si á su mayor enemigo estuvieran esperando, así deben vivir las jóvenes en guardia siempre, para que, luego que empiecen á sentirse heridas por aquel sentimiento que tan funesto puede serles, hagan uso de todo su juicio, de toda su razon, y de cuantas armas de este género puedan haber á las manos para defenderse, y colocarse en la posicion que mejor les convenga. Pero cuidado, que en este punto es necesario que anden muy listas, porque si dejan pasar el tiempo oportuno, les faltarán completamente las armas únicas de que pueden hacer uso para su defensa, y Dios solo puede calcular las consecuencias.

¿Y por qué tanto cuidado, tanta vijilancia y tanto empeño para defenderse y aprovechar el tiempo oportuno en los negocios de amor? Porque este es el gran negocio para las jóvenes, porque se trata nada menos que de escojer el hombre con quien la mujer debe vivir toda su vida: y si para tomar una costurera, si para escojer un vestido ó comprar un gorro dan tantos pasos, toman tantos informes y piden tal vez tantos consejos, ¿cuánto no deberá hacer una pobre jóven cuando se trata de un hombre con quien unirá un día tal vez su suerte para siem-

pre, bajo cuyas órdenes tiene que vivir muchos años, un hombre que será el padre de sus hijos y que por consecuencia puede hacerla muy dichosa ó muy desgraciada! Vaya que bien merezca la pena de que las muchachas pongan sus cinco sentidos en este negocio de vida ó de muerte para ellas: ¿no te parece, hijita?

Quando un general que tiene la mision de defender una plaza, ve venir sobre ella al enemigo, ¿sabes lo que hace? Pues en primer lugar, saca su antejo para reconocerle antes que se acerque: despues, manda exploradores ó espías para que le vengán á decir todo lo que con el antejo no pudo distinguir y entonces, es decir, cuando el general sabe perfectamente la clase de enemigo que tiene al frente, lo desprecia si es insignificante; lo bate y rechaza si es fuerte, ó entra en capitulaciones con él, si esto le parece mas conveniente. Pero en este último caso, antes reúne á su consejo y piensa bien lo que debe hacer para decidirse, porque éste es su deber y sin éstos previos requisitos, jamas se atreveria á capitular un general, ni mucho menos á entregar una plaza cuya defensa se le hubiere confiado.

Creo que me habrás comprendido perfectamente: á esos floristas de oficio que tienen la costumbre de galantear á todas las jóvenes, se rie uno de ellos y se les trata con la mayor indife-

rencia; no merecen otra cosa: á aquellos que se cargan demasiado hasta fastidiar á sus pretendidas, como hay muchos, se les hace entender con amabilidad y finura, pero tambien con cierta energía, que molestan y que deben retirarse. Yo te aseguro que pocos resisten á estas esplicitas manifestaciones hechas por las mismas jóvenes.

Pero si entre los pretendientes hubiese uno que por sus buenos antecedentes y cualidades, pareciese á primera vista digno de consideracion; entonces, y antes de permitir que se acerque demasiado, se piensa, se ratiocina y lo que es mas, se aconseja uno, como haria el general antes de decidirse á entregar la plaza al enemigo, y despues, se hace lo mas conveniente.

Es necesario que las mujeres y especialmente las jóvenes, vivan persuadidas de que siempre tienen necesidad de los consejos de una persona discreta y prudente, y por lo mismo, lo primero que deben hacer, es buscar esta persona ó personas, que muchas encontrarán sin dificultad tal vez en el círculo de su familia: sus propios padres y los buenos hermanos serán siempre los mejores consejeros para una joven; pero, si por el carácter de aquellos ú otras circunstancias accidentales ellas prefieren otras, sea en hora buena. Un confesor sábio, virtuoso y prudente

será en todo caso un excelente consejero; cuiden las mujeres de tenerlo siempre así, y mucho habrán ganado con ello. Por lo que á tí toca, hija, no te digo esto último como un consejo solamente, sino que te lo impongo como un precepto con el cual espero cumplirás fielmente, y yo te prometo que mil veces tendrás que felicitarte por ello.

CARTA XIV.

Pues que tanto hemos hablado de novios y pretendientes en las dos anteriores cartas, hablemos algo sobre maridos, que allá se va todo.

Y bien ¿qué cualidades deberá tener un hombre para ser buen marido?

Dicen que para conocer bien á las gentes se necesita haber vivido con ellas, y bajo un mismo techo, por quince dias á lo menos. En efecto, en la vida íntima es donde se pueden únicamente conocer bien las buenas ó las malas cualidades de una persona; necesario es, que sean éstas ó muy buenas ó muy malas para que se les pueda distinguir á primera vista; y de aquí es, que no es empresa muy fácil la de poder conocer bien al hombre que escojan las niñas para ma-

rído. Sin embargo, un hombre de mala educacion y grosero, que apenas puede tratarse en sociedad, debe ser en todo caso un marido detestable; así como igualmente lo será un avaro aunque sea mas rico que Creso.

Un tonto orgulloso, aunque sea muy rico y bien educado, jamas podrá servir para modelo de buenos maridos: y otro tanto sucederá con uno de esos señoritos de casa grande, muy buenos tal vez, y muy finos tambien, pero sin mundo, sin esperiencia alguna; de esos que hasta despues de casados no salen solos de noche á la calle: yo creo, que cuando uno de estos jovencitos hace feliz á una jóven, es por mera casualidad.

Jamas podrá ser un buen marido, aunque tenga la mas fina educacion y sea ademas un adonis, el jóven que no sabe hacer otra cosa que componerse el bigote, vestirse y calarse los guantes: uno de esos «leones» ignorantes y necios que parece que están enamorados de sí mismos; porque la mujer antes de todo necesita casarse con un hombre, y á uno de estos entes, apenas puede considerárseles como tales.

El hombre que carece absolutamente de recursos, jamas podrá ser un buen marido, aunque por otra parte sea la honradez y la bondad misma; porque si bien es cierto, que el dinero no

hace por sí solo la felicidad de los matrimonios, tambien lo es, que donde no hay puchero es casi imposible que haya paz doméstica, y mucho menos dicha y felicidad. El oro, hijita, el oro anda siempre muy cerca de estas dos señoras, tras de las que muchos corren y pocos alcanzan.

¿Pues qué, tan difícil cosa será encontrar un buen marido? dirás allá para tus adentros, despues de haber leído lo anterior. No tal, hijita, un jóven honrado, juicioso y bien educado; de buenos y religiosos sentimientos, trabajador, de buen génio si fuere posible, y con una carrera ó empleo que le proporcione lo necesario á lo menos para atender á los gastos de su nuevo estado, podrá ser un escelente marido. Y si á las cualidades dichas se agrega, el talento, por ejemplo, la buena posicion social, ó el dinero, ya tendríamos como quien dice, un marido á pedir de boca.

Pero desgraciadamente, las mujeres gustan mucho del oropel y las esterioridades y á menudo la echan á perder en punto á maridos. ¡Ah! cuánto les perjudica esto. ¡Cuántos matrimonios he conocido yo desgraciados por esta causa. Porque no hay que hacerse ilusiones, la elegancia en el vestir, la buena figura, la juventud y aun el amor mismo, todo se consume despues de poco tiempo en la cocina del matrimonio y quedan

solo las buenas cualidades, las virtudes de los cónyuges: si no hay éstas ¿qué será de ellos, qué será de la familia?

Figurate que hay dos niñas que tienen vehementes deseos de tener cada una su reloj; y que al fin su papá les dice que se los regalará, y les ordena que se encarguen ellas mismas de comprarlos, sin fijarles precio; pero si les advierte, que en mucho tiempo no podrá comprarles otros. Salen en efecto las niñas en busca de su tan deseado reloj, y mientras que la una se prenda de los primeros que vé, alucinándose con su exterior que es muy bonito, la otra mas discreta y mas reposada, vé todos los que le presentan, los examina, y busca los mejores aunque no sean los mas bonitos. La primera se decide pronto por uno que desde luego compra, y la otra, toma varios para consultar con su papá y sus hermanos antes de decidirse á comprar el suyo, pero al fin, las dos hermanas son dueñas cada una de un reloj, los que limpian á cada momento, y enseñan muy satisfechas á todas sus amigas, y los contemplan, y los quieren llevar á todas partes, manifestándose completamente satisfechas con la adquisicion de aquellas alhajas que tanto habian deseado.

Pero, un año ha pasado solamente, y ya ni se limpian los relojes: ni se les dá cuerda siquiera,

ni se les enseña á nadie, ni se hace en fin caso de ellos: el entusiasmo, la ilusion pasaron como pasa todo en la vida, y solo quedó la sustancia, la realidad, es decir: á aquella de las dos hermanas que pensó mas y supo escojer un buen reloj, sin hacer gran caso de las apariencias, le quedó una alhaja que le sirve, que la luce y que tiene en fin su valor, mientras que á la otra que tomó lo primero que se le presentó, sin pensar bien lo que hacia y contentándose con apariencias, solo le queda un reloj malsimo que no le sirve para nada, ni tiene ya valor alguno.

Pues si esto sucede con un reloj ú otra cualquiera alhaja, que se puede cambiar ó vender, porque la cuestion es solo de dinero, ¿qué sucederá con un marido cuando salga malo? ¿un marido! es decir, un hombre con quien hay que vivir toda la vida salga bueno ó malo.

Porque no hay que engañarse, hijita, aquel amor vehemente que sienten los jóvenes cuando son novios, desaparece despues de poco tiempo cuando son marido y mujer. Cierto es, que vienen á sustituirlo ventajosamente, un cariño, un afecto y una estimacion mucho mas sólidos, sustanciales y duraderos que aquel; pero tambien lo es, que este cariño, y esta estimacion y este afecto pueden perderse, sino hay prudencia y tino por parte de los cónyuges, y entonces.....

¡Ah! entonces el matrimonio vendrá á convertirse en un verdadero purgatorio.

Pero adónde voy á dar, para qué me afito en hablarte de novios y maridos, y matrimonio, á tí que no debes todavía pensar mas que en tu educacion, en tus lecciones y en tus maestros que te darán aún algo que hacer por algun tiempo?

Sin embargo, yo no me arrepiento de haber tocado tales cosas, porque bueno es que las sepas: así estarás mejor preparada para el tiempo en que debas pensar en ello.

Aproyéchate de todos los buenos consejos que te doy, y no dudes que si los sigues fielmente, serás tan dichosa como lo desea tu papá.

CARTA XV.

Dignidad: decoro. Hé aquí la materia de que nos vamos á ocupar hoy, y por cierto que es bien importante.

Todos los días oimos decir á muchas personas que tienen decoro y que les sobra dignidad: sin embargo, pocas pueden decirlo con razon, pues á cada paso se tropieza con gente, aun de eleva-

da posicion, que está muy lejos de poseer aquellas buenas cualidades.

La dignidad, hijita, es, la elevacion, la nobleza en el caracter ó conducta de una persona; y el decoro, es el respeto, la honra que una persona llega á merecer por su porte y por sus buenas acciones: y en las niñas especialmente, es tambien la pureza, la honestidad, el recato. Fácilmente comprenderás por lo que te acabo de decir, que no deben ser frutas muy abundantes en el mercado del mundo, la dignidad y el decoro.

Pues sin embargo de todo, lo cierto es, que estamos obligados á esforzarnos por conseguir de aquellas tan apreciables cualidades, la mayor parte posible, porque aquella persona á quien le faltan del todo la dignidad y el decoro, indudablemente no será jamas estimada, ni mucho menos considerada en la sociedad, sino por el contrario, vista con indiferencia y aun despreciada muchas veces.

El hombre como la mujer pueden muy bien ser considerados y aun estimados en la sociedad, cuando les falte por ejemplo la hermosura, el talento, el dinero y hasta la buena educacion, que es mucho decir; pero faltándoles del todo el decoro y la dignidad, creo que es imposible que puedan contar con la consideracion de sus semejantes y mucho menos con su estimacion y su